

por Greenberg, habría perseguido la pureza en el arte tras identificar las características esenciales de éste. (De ahí que el arte representacional del *pop* o del surrealismo no fueran propiamente artísticos según el crítico norteamericano.) En cada una de esas dos fases, la crítica se atribuyó tareas distintas a sí misma. Con el fin de las narrativas maestras, todo puede ser arte. Reina la libertad. La pregunta planteada por Danto queda sin resolver: ¿por qué, de hecho, distinguimos entre «objetos artísticos» y «objetos reales»?

Pese a las dudas que he expresado nos hallamos ante un texto de gran interés y amenidad, donde hay interesantes reflexiones sobre aspectos del arte del siglo XX, de los museos o de la crítica. Lástima que abunden términos o expresiones que afean notablemente la traducción. Basten como ejemplo: «distrayente» (38), «una historiadora de mi conocimiento» (50) o «implicación de que quien no adhiere debe ser suprimido» (51).

Rafael García Alonso

Lacan, Alain Vanier, traducción de Francisco Martín Arribas, Alianza, Madrid, 1999, 100 pp.

Seguido como un fundador o cuestionado como un charlatán, el

psicoanalista francés ha merecido todos los encomios y denuos que suelen acompañar a la gloria, tan cierta o efímera que sea. Vanier, que es un experto cazador en la selva lacaniana, ha hecho un manual rápido y diáfano para no iniciados, de modo que se tengan en un puño las numerosas categorías propuestas por Lacan, desbrozando lo que es escritura y la oralidad de sus seminarios. Se puede hablar de un mentor o guía o vocabulario de extrema utilidad para quien quiera adentrarse o repasar la obra de Lacan.

Proveniente, a la vez, de la ciencia médica y del surrealismo, Lacan ha propuesto una relectura de Freud apartada de cualquier cientificismo, reivindicando para el psicoanálisis una dosis de cosa inclasificable (o salvaje, *Wild*), que no se resuelve en ciencia experimental ni en práctica iniciática, y que intenta liberar la palabra, quitarle la mordaza impuesta por la cultura y que la hace palabra pero que le impide decir todo lo que puede decir, que es infinito.

Ya los románticos se habían ocupado del asunto, y Freud les debe lo suyo, especialmente a través de su albacea Schopenhauer (albacea del romanticismo y de Freud). En Lacan, al hacernos sujetos en tanto resultados del deseo de ese Otro del que apenas sabemos que es mayúsculo, otro y único (¿Dios, quizá?), la infinitud del discurso está servida, a cuenta de que el Otro es absoluto, o

sea misterioso. La mujer parte en su busca y goza con su encuentro o supone que es El quien la hace gozar. El varón es el vehículo subjetivo, enmascarado de Yo, que asiste a la ceremonia con su notoria diferencia. Es un auxiliar pero privilegiado y definidor. Por eso existe, al revés que la mujer, que está ahí, siempre, pero sin existir. Y un tercero en discordia-concordia: el lenguaje, que nunca veremos como tal, sino disimulado en palabras, gestos, tonos, ademanes, signos.

El monoteísmo como problema político, Erik Peterson, traducción de Agustín Andreu, prólogo de Gabino Uríbarri, Trotta, Madrid, 1999, 137 pp.

Aristóteles explicó la conveniencia de la monarquía porque no es bueno que muchos manden. Desde entonces se ha intentado fundar la institución monárquica tanto en razones terrenales como en bases sobrenaturales. El helenismo, elaborando la fe judía en un Dios único, concluyó que el cristianismo debía apoyar la existencia de un rey único como la divinidad, un emperador. Pero tropezó con el dogma de la Trinidad y la existencia de dioses locales, respetados por el poder romano. Cuando Cristo nació, ya apenas había reinos particulares, de modo que la identificación Cristo-Emperador no resultaba difícil.

De hecho, Cristo aparece en numerosos textos de la Iglesia primitiva como *rex* o *imperator*. Él dijo que su reino no era de ese mundo, pero ¿significaba el aserto que no era terrenal o no era actual? ¿Es Cristo el rey de un dominio extraterrestre o de la Tierra futura? Desde luego, la cosa da para mucho y, como siempre en el cristianismo, para soluciones encontradas y beligerantes entre sí.

Peterson (1890-1960), teólogo alemán y prudente, se inclina a favor de la espiritualidad. El monoteísmo no sirve para justificar ningún poder terrenal porque se reduce, en tal caso, a instrumento mundano. Cristo reina, pero no en la Tierra, donde ha venido a revelar la verdad y a ser sacrificado, ya que ambas cosas van necesariamente juntas. Con todo, se sigue especulando con un Cristo Rey, que enfrenta al padre con el hijo y al hermano con el hermano, dispuesto a ser el antiguo Dios de los Ejércitos o un barbudo y atrevido guerrillero tercermundista.

Figuras de lo pensable, Cornelius Castoriadis, traducción de Vicente Gómez, Cátedra, Madrid, 2000, 293 pp.

El griego Castoriadis (1922-1997), escritor francófono, desple-